

Nacionalismo y formación nacional en Italia y Cuba. Hacia un estudio comparado sobre la construcción del proyecto nacional y su discurso ideológico durante el siglo XIX

Raúl M. Lombana Rodríguez

Departamento de Historia, Universidad de La Habana, Cuba

A través del siguiente artículo, se propone una primera aproximación teórica y metodológica a los estudios históricos comparados en torno a los fenómenos históricos que determinan la construcción del Proyecto Nacional y su discurso ideológico durante el siglo XIX en los casos de Italia y Cuba, tomando en cuenta su alto nivel de convergencia en algunos casos donde ambos procesos se separan de los modelos tradicionales de Formación Nacional en sus respectivos contextos continentales, y que, en cambio, muestran determinadas tendencias llamativamente comunes a pesar del distanciamiento geográfico existente entre ambos espacios territoriales.

Para ello, se introducen inicialmente aquellos elementos relativos a la llamada Teoría Clásica Occidental sobre la formación del Estado-Nación y el Nacionalismo en la Era Moderna, demostrando su inoperancia parcial para explicar el desarrollo de dichos procesos en Italia y Cuba, a lo cual prosigue un análisis acerca de los acontecimientos concretos que en la práctica los tipifican dentro de sus espacios contextuales y a su vez los relacionan dentro del ámbito económico, sociopolítico y cultural.

Palabras claves

Nacionalismo, Estado-Nación, Formación nacional, Historia comparada, Discurso ideológico, América Latina.

Nationalism and national formation in Italy and Cuba. Towards a comparative study on construction of the national project and its ideological speech during the 19th century

Through the following article, a first theoretical and methodological approach to comparative historical studies is proposed around the historical phenomena that determine the construction of the National Project and its ideological discourse during the 19th century in the cases of Italy and Cuba, taking into account its high level of convergence in some cases where both processes are separated from the traditional models of National Formation in their respective continental contexts, and which, on the other hand, show certain strikingly common trends despite the geographical distance between the two territorial spaces.

For this, those elements related to the so-called Western Classical Theory on the formation of the Nation-State and Nationalism in the Modern Era are initially introduced, demonstrating its partial ineffectiveness to explain the development of said processes in Italy and Cuba, which continues an analysis about the specific events that in practice typify them within their contextual spaces and in turn relate them within the economic, sociopolitical and cultural sphere.

1. Modernidad y Sociedad Moderna: definiciones

A partir del siglo XVIII, las transformaciones económicas, políticas y socioculturales desarrolladas en Europa – aún bajo diversos niveles de complejidad en su evolución regional – trajeron consigo el advenimiento de lo que hoy se conoce como “Modernidad” histórica, entendida ésta como el fenómeno notablemente globalizado, dinámico y multifactorial que, a partir de la Revolución Industrial y el inicio del Ciclo Revolucionario Burgués, abrió paso a una nueva sociedad capaz de romper con los principios, formas e instituciones del Antiguo Régimen.

La nueva “Sociedad Moderna” se caracterizó, desde el inicio, por su estrecha relación con la extensión y desarrollo del capitalismo, incluyendo su quehacer colonial y la incorporación del llamado Mundo “Periférico” a los avatares del mercado mundial, para lo cual requirió establecer, sobre todo, una institucionalidad burguesa. Esto último resultaba imposible sin la implicación de los amplios sectores que conformaban al pueblo llano como fuerza motriz (hasta cierto punto protagónica) de las transformaciones en curso, las cuales debían traducirse ideológica y culturalmente como “Revolución Social”.

El siglo XIX traería consigo, pues, la contradicción sistémica entre los parches aditivos de la Restauración post-napoleónica, el desarrollo del Capitalismo en su fase industrial y – ya en el espacio finisecular – su salto definitivo a la etapa monopolista; al tiempo que los nuevos conflictos sociopolíticos encontraban su mejor expresión en la agudización de los enfrentamientos ideológicos producidos entre el conservadurismo (factor de resistencia nobiliario-absolutista-eclesial), el liberalismo (factor de cambio burgués-parlamentario-lai-co) y el socialismo (factor de cambio radical-internacionalista-proletario).

Bajo el influjo de tales contradicciones, en Nacionalismo entró en escena, no exactamente como la vertiente ideológica defendida por buena parte de la historiografía liberal, sino más bien como una doctrina (también) universal y plausiblemente ajustable a los proyectos y los discursos de unos y otros sectores. Aunque mayoritariamente focalizado en la lucha entre conservadores y reformistas/revolucionarios, este fenómeno también se manifestaba en los crecientes enfrentamientos entre la burguesía y la clase obrera, unidas inicialmente en la lucha contra el arcaico sistema imperante, pero visceralmente opuestas en lo referido a la dimensión que debía alcanzar el cambio. Por ende, los ideales de Modernidad y Sociedad Moderna fueron, también desde el inicio, muy discordantes, lo cual se hacía notar en el hecho de que solo la tercera de estas posturas llegaba a subordinar el discurso nacionalista al interés de clase.

2. Los procesos de Formación Nacional y el Nacionalismo en el nuevo contexto histórico de la Modernidad

Resultante del largo y complejo proceso que determinó el tránsito a la Sociedad Burguesa durante el llamado “Siglo de las Luces”, en Europa se implantó el Estado Nacional Moderno como nueva entidad política llamada a sustituir el anquilosado orden

estatal de base feudal, absolutista y clerical vigente durante trece siglos. El suceso aparecía estrechamente vinculado a la Revolución Industrial y a los amplios movimientos sociales que debieron transitar antes por tres etapas constructivas fundamentales: una cultural, folklórica y literaria (sin pretensiones políticas nacionales), otra de aparición de los portavoces de la “idea nacional”, y una tercera de asunción popular consciente en torno al proyecto de nuevo tipo.¹

Durante esta última etapa, lo más original de los proyectos nacionales fue, sin dudas, su capacidad de fomentar el «interés común frente a los privilegios»;² si bien la conciencia nacional no cristalizaría totalmente hasta después de constituirse los nuevos estados, capaces de movilizar sus poderosos instrumentos de alta convocatoria (escuela pública, servicio militar, nueva administración estatal, medios de prensa, etc.) para lograr la homogeneización y lealtad de la fuerza “ciudadana”.³

Bajo esta finalidad, el moderno concepto de Nación se fue estructurando en función de los intereses, sobre todo, de la burguesía comercial e industrial, la cual encontró en aquel el principio de legitimación más conveniente, garante de los cambios requeridos por la Industrialización. Esta última, ante los ojos de los antiguos súbditos, dejaba de estar estratificada bajo la égida de una casta retrógrada de monarcas, papas y señores de la tierra que excluían a todos los demás sectores.⁴

El Estado-Nación Moderno, desde el principio, guardó profundas diferencias con respecto a las formas estatales que limitaban el progreso de la Humanidad, enclavándose – a decir de Benedict Anderson – no solo en un territorio coherente e indiviso, con fronteras precisas, donde el gobierno era directamente ejercido por una sola autoridad y un único sistema de administración y ley, sino que dichas condiciones emanaban de [...] «una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico y jerárquico divinamente ordenado».⁵

En consecuencia, tanto el Estado Nacional como su discurso político funcionarían en lo adelante como una especie de programa universal, siendo imitado por el resto de las naciones con más o menos fidelidad respecto a los modelos “originales” (Inglaterra, Francia y Estados Unidos, esencialmente). A pesar de su heterogeneidad (y de seguir en muchos casos la lógica de los formatos sistémicos anteriores), logró catalizarse en el nivel alcanzado por las relaciones capitalistas en cada uno de los espacios previamente delimitados.

1. Hroch, *Real y Construida*, pp. 133-134.

2. Vilar, *Sobre los Fundamentos*, p.11.

3. Lombana, *Problemas de Interpretación Histórica*, p. 5.

4. Aunque tales grupos continuaban existiendo, la promovida extensión del estatus “ciudadano” para todos los miembros de la sociedad los convertía en miembros plenos de una unidad política común, independientemente de su posición socioclasista. Los nuevos códigos anulaban así los privilegios del Antiguo Régimen, promoviendo la incorporación de los sectores más humildes al proyecto nacional, aunque solo fuera por la necesidad de crear nuevas alianzas de clases en función de sus intereses, convirtiéndose las ideas de libertad, igualdad y fraternidad en un mito para el pueblo llano. Lombana, *La Polémica Teórica sobre el Estado-Nación*, p. 7.

5. Anderson, *Reflexiones sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*, pp. 23.

A nivel internacional, la nueva entidad estimuló las problemáticas entre el aparato restaurador y el influjo de las élites burguesas, primero; y – algo más tarde – de los incipientes movimientos obreros, cuyo concilio eventual abrió paso a los debates sobre el polémico “principio de las nacionalidades”. Éste vino a sumarse al plebiscito como instrumento de expresión máxima en torno a la voluntad política nacional,⁶ sin entrañar obligatoriamente el derecho a la autodeterminación.⁷

Durante las tres últimas décadas del siglo, el Estado Nacional tomaría un nuevo rumbo, justo cuando transitó hacia su segunda modulación histórica (el estado étnica y lingüísticamente homogéneo), cuyo discurso acompañante – disfrazado de patriotismo de estado – se convertiría en una doctrina mucho más poderosa, conservadora y racista. Tal sería su respuesta a los nuevos condicionamientos socioeconómicos e históricos de la Era Imperialista, donde los grandes grupos dominantes requirieron ser legitimados por los ciudadanos (en quienes teóricamente radicaba la soberanía) de un modo mucho más comprometido, canalizando y exacerbando los sentimientos ciudadanos por la vía del apego y la lealtad al aparato estatal.⁸

Desde que ambos fenómenos hicieran su aparición como agentes del nuevo orden político “moderno”, mucho se ha debatido sobre los conceptos y la naturaleza específica del Estado-Nación y el Nacionalismo,⁹ cuya interpretación no ha estado exenta de lagunas teóricas y metodológicas, sin que hasta hoy sus preceptos puedan ser aplicables a todos los contextos en que ambos fenómenos se han manifestado. En lo que Asia y África se refiere, el salto sistémico cualitativo durante todo el siglo XIX se vio afectado por el trauma o el retraso histórico que implicó el factor Colonización; mientras que en América no se condujeron de modo similar, pues los proyectos nacionales aparecieron políticamente vinculados a una necesidad mucho más precaria: la de la Independencia.¹⁰

En el caso de los Estados Unidos, la construcción nacional respondió a un proceso de amplio contraste, donde la diversidad productiva y la posibilidad de expansión territorial

6. Para figuras de amplia trayectoria en el tema nacional, como Ernest Renan, la nación moderna constituye un plebiscito diario. Ver, de este autor, *¿Qué es una Nación?*, p. 41.

7. En sus primeras alusiones, el principio de las nacionalidades consistía en el reconocimiento de la existencia de ciertas naciones y la posibilidad de consultar su voluntad de adscripción a un estado mediante plebiscito, o bien de reconocer su representación política en las instituciones del estado correspondiente. Calduch Cervera, *Nacionalismos y Minorías en Europa*.

8. Desde entonces, el Nacionalismo comenzó a vincularse, no ya con su esencia progresista de base, sino con el visible giro hacia la derecha política, el chovinismo, la xenofobia y el racismo. Obviamente, el cuestionamiento y la caída de los valores e instituciones del liberalismo supondría [...] «la ruptura con una tradición que situaba al Nacionalismo del lado del progreso y la razón contra el conservadurismo del Viejo Régimen». Santana, *El Estado-Nación en el Contexto Integracionista*, pp. 22.

9. A ello, sin dudas, ha contribuido notablemente el fenómeno imperialista desarrollado a partir de las últimas décadas del siglo XIX, así como el desarrollo científico-tecnológico asociado, su impacto en los procesos de colonización y su papel en la sociedad y la cultura modernas, así como en la reconfiguración de los diversos movimientos sociales y la complejidad de los conflictos geopolíticos. Ver, al respecto, Lombana Rodríguez, *La Polémica Teórica sobre el Estado-Nación*, p. 5.

10. Lombana Rodríguez, *La teoría sobre las formaciones nacionales y sus límites*, p. 154.

directa confluyeron con una vertiginosa Industrialización opuesta, por esencia, a los límites económicos y políticos impuestos por el gobierno británico, el modelo esclavista desarrollado en los espacios del sur y la complicada naturaleza sociocultural de las denominadas Trece Colonias. Al final, la nueva Unión de estados patentada en la Constitución de 1887 contó con posibilidades diferentes a las del resto del mundo para desarrollar el capitalismo expansivo a un ritmo y en una dimensión sin precedentes.

Al sur del Río Bravo, en cambio, la Independencia no significó la quiebra del ordenamiento económico y social de la Colonia, que continuó vigente en las fronteras (prácticamente similares a las demarcaciones anteriores) de las nuevas Repúblicas; sin que pueda explicarse fácilmente cómo pudo haber rupturas coloniales y formaciones nacionales sin el connotado influjo industrializador. Por demás, el estado surgió aquí antes de que hubieran madurado las incipientes nacionalidades, siendo éstas consecuencia y no causa generadora de la formación nacional.¹¹ Luego, esta última no implicó suficientes cambios estructurales como para evitar la inmediata crisis sistémica, donde la “modernización” tendría lugar solo parcialmente, bajo iniciativas y formas demasiado entrópicas y sin beneficio directo para la mayor parte de los habitantes.¹²

El escaso desarrollo económico de los pueblos, los rezagos feudales y esclavistas y el distanciamiento inter e intrarregional coadyuvaron a que las nuevas entidades nacionales latinoamericanas se erigieran de espaldas a sus fronteras, mirando fundamentalmente hacia sus propios capitales, a la vez que eran atizados los procesos de descentralización y los territorios fronterizos extremos quedaban condenados a la marginalidad. Esto, conjuntamente con la sujeción a élites “nacionales” incapaces de trascender su esencia conservadora y caudillista – lejos de resistir a la embestida del expansionismo norteamericano y a las nuevas formas de incursión del capitalismo europeo (británico, sobre todo) – determinó un estancamiento visible hasta la actualidad.¹³

Como resultado de estas diferencias regionales, así como de otras múltiples problemáticas relacionadas tanto con la propia historia del Estado Nacional como con sus interpretaciones teóricas, no han sido pocos los especialistas que – sobre todo en las décadas recientes – han cuestionado la viabilidad de aquel, llegando a catalogarlo como

11. Para más detalles sobre la esencia de este proceso, puede consultarse el texto de Díaz de Arce, *El Proceso de Formación de los Estados Nacionales en América Latina*.

12. Sobre los resultados específicos de cada uno de los procesos independentistas latinoamericanos, ver Guerra Vilaboy, *Historia Mínima de América*.

13. El Nacionalismo ha desempeñado en América Latina un doble papel: De una parte, el de instituir la nación como criterio legitimador de la estructura de poder interna de la sociedad (a partir de la ruptura con el nexo colonial y de la adopción de la forma constitucional republicana); y, de otra, el de intervencionalizar las nuevas demarcaciones político-administrativas (legitimando por igual el control dominante de las sociedades implantadas sobre los grupos marginados). Esta dualidad estimuló la defensa sistemática de las autonomías recién ganadas, si bien ésta se canalizó siempre a través de proyectos limitados por las nuevas y viejas deficiencias estructurales. Lombana Rodríguez, *El Proceso de Formación Nacional en América Latina*, pp. 22-23.

una institución en crisis; tanto en los países subdesarrollados como en los del llamado Primer Mundo.¹⁴

Pese a estas críticas, para otra parte importante de los autores de finales del siglo XX y principios del XXI, parece claro que, si bien la familia constituye el modo elemental de institucionalización humana, continúa siendo la nación moderna la más acabada forma de estructuración política de la sociedad que ha conocido la Civilización; pues, habiéndose erigido en la coyuntura del proyecto burgués y estando indisolublemente vinculada al fenómeno capitalista, ha sido capaz de sostener los paradigmas sistémicos de un régimen vigente hasta hoy en la mayor parte del mundo, con una capacidad de recuperación considerable ante las diversas dificultades históricas del proceso constructivo.¹⁵

3. La Teoría sobre el Estado-Nación Moderno y el Nacionalismo: Enfoques, tipologías y limitaciones

En cuanto al enfoque teórico sobre el tema nacional, vale aclarar que los primeros indicios aparecieron desde el propio siglo XIX en los círculos académicos del liberalismo europeo,¹⁶ muy asociados, en principio, al interés por explicar el Nacionalismo.¹⁷ Como tendencia general, dichos estudios tienden a desestimar las potencialidades de las unidades nacionales pequeñas, debiendo ser la Nación política un marco unificador (como primer paso para una futura comunidad universal) antes que separatista. Por

14. A la abusiva unilateralidad historiográfica en el tratamiento del tema, se han unido con frecuencia las discrepancias en torno al papel y el orden en que intervienen los factores que definen el surgimiento y la evolución nacional. En ello ha incidido, de un lado, la ausencia de consenso teórico por parte de los autores procedentes del llamado liberalismo clásico; y, de otro, la falta de sistematicidad en los estudios marxistas sobre el tema, cuyos clásicos, a pesar de sus enfáticas referencias al derecho de autodeterminación, subordinaron siempre el tema nacional a la cuestión (para ellos prioritaria) de la lucha de clases y la misión histórica del proletariado. Ivi, p. 25.

15. Entiéndase como construcción, en este caso, al proceso mediante el cual distintos sujetos sociales participan en la imaginación y socialización del llamado “Mito de la la Nación”. Ver Riaño, *Pensando la Nación en el Interregno*, p. 48.

16. Esto se debe a que esta clase coincidió en tiempo con el proceso de construcción nacional en Europa, justo hasta el momento en que el liberalismo comenzó a ser desplazado como ideología dominante; sobresaliendo, entre otras ideas, las de Burke y Mill (enfáticos en la identidad nacional como factor básico para la consumación nacional y la ponderación del estado-nación como unidad política del gobierno burgués), sin descartar las de Hamilton o List (que priorizan el tutelaje estatal para el desarrollo económico de las grandes naciones); o las de Renan (con un subjetivismo más tendiente a identificar la nación con la conciencia de pertenencia de los ciudadanos). Lombana Rodríguez, *Nación y región*, p. 67.

17. Los debates teóricos sobre el tema encontraron especial motivación en lo que respecta al concepto de soberanía, claramente manifiestos en autores de referencia como Bodin, Hobbes, Locke y Rousseau, cuya explicación contribuyó a definir tanto a las llamadas naciones tradicionales (Francia, Gran Bretaña y – con notable diferencia en el desarrollo capitalista – España, Portugal o Rusia) como a otras de mayor complejidad multicultural (el Imperio Habsburgo, el Imperio Otomano, Hungría, Rumanía, etc.); y, más tarde, a aquellas de carácter emergente (Estados Unidos, Alemania, Italia). Lombana Rodríguez, *Nación y Región*, p. 65.

tanto, los pueblos atrasados solo podrían acceder a la Modernidad si fueran asimilados por naciones mayores.¹⁸

En esencia, la Nación liberal debía guardar grandes dimensiones espaciales, vinculando pueblos y culturas de menor rango, siendo capaz de enfrentar la visión conservadora del Estado en cualquiera de sus formas. Su discurso requería ser integrador y no secesionista, enfilándose a la creación de nuevas unidades nacionales y no al desgajamiento de nacionalidades ya existentes.¹⁹ Para determinar qué colectividades podrían llegar a constituirse en Estados Nacionales, manejaban tres divisas o principios fundamentales: La asociación histórica prolongada con alguna forma de organización estatal anterior, la existencia de una antigua elite cultural (difusora del “Ideal” nacional) con expresión en lengua vernácula, y la capacidad de conquista.

En cuanto al Marxismo, se conoce que el interés prioritario en la lucha de clases y la abierta oposición a otras variantes socialistas (como el bakuninismo, defensor del derecho a la autodeterminación) proclamados por Karl Marx y Friedrich Engels impidieron que sus amplias referencias a la cuestión nacional en Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría y otros espacios del continente, así como al amplio Proceso Revolucionario de 1848, se tradujeran en una teoría sistémica sobre el Nacionalismo.²⁰ La subordinación del tema al asunto prioritario de la emancipación proletaria queda clara desde uno de sus textos más universales, como lo evidencia el siguiente fragmento:

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Más, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación; todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués [...] El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial; con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden. El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía.²¹

La consideración de la Nación Moderna por parte de los clásicos marxistas como una entidad transitoria, resultante de la reorganización de la sociedad esclavista, feudal y ahora burguesa, implicaba que la Revolución Proletaria, por naturaleza, debía ser supranacional,²²

18. Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo*, p. 43.

19. Ver Armstrong, *Nations before Nationalism*, p. 13.

20. En algunas de sus primeras obras, Marx solía emplear las categorías de naciones revolucionarias y naciones contrarrevolucionarias, en tanto Engels asumía los términos hegelianos de naciones históricas y naciones sin historia, considerando dentro de las primeras a aquellas emergidas de grandes colectividades humanas, con un pasado estatal u otros elementos vinculantes a los nuevos proyectos nacionales. Haupt; Lowy, *Los marxistas y la cuestión nacional*, pp. 7-9.

21. Marx y Engels, *Manifiesto Comunista*, pp. 15-16.

22. Basados en la idea de que las diferencias nacionales no significaban nada por sí mismas y solo pueden ser importantes en la medida que retrasaran o catalizaran la revolución proletaria, el Marxismo clásico defendió la idea de la integración de las nacionalidades pequeñas en otras más grandes, sin lugar

centrando su atención – más que en la Nación propiamente dicha – en el denominado “Problema” o “Cuestión Nacional” como factor de riesgo para el Programa Revolucionario; lo cual fue defendido por casi todos los continuadores de Marx y Engels.²³

En medio de la falta de sistematicidad predominante en los estudios marxistas posteriores, la tendencia interpretativa de la escuela liberal acerca del fenómeno nacional fue finalmente sistematizada en 1983, luego de ser publicado el célebre (y polémico) libro «Naciones y Nacionalismo», del británico Ernest Gellner. Además de establecer relaciones coherentes en torno al origen y difusión del Nacionalismo (como contingencia y no como necesidad universal), este autor demostró el papel de la Industrialización como vector fundamental para su desarrollo y solidez, determinando que es el Nacionalismo quien precede al Estado Nacional y nunca a la inversa.²⁴

Partiendo de las combinaciones entre cuatro términos fundamentales (la Industrialización, el poder político, el acceso a la educación “modernizante” y la composición étnico-cultural de los grupos sociales en disputa), Gellner estableció 8 tipos posibles de Nacionalismo (Gráfico 1).²⁵

La teoría gellneriana, si bien contó con un amplio reconocimiento académico por el salto y la novedad que en su tiempo acarrió, también tuvo un gran número de críticos dentro de la propia historiografía liberal durante los últimos 40 años, sobresaliendo nombres como los de Anthony Smith, Perry Anderson, Miroslav Hroch, Elie Kedourie, Brendan O’Learly, Adrian Hastings, Rogers Brubaker, Tom Nairn y Liah Greenfeld. Entre sus estudiosos más notables, merecen especial atención los casos de Eric Hobsbawm y

para las reivindicaciones separatistas al interior de las naciones históricas establecidas. En este sentido, coincidieron con los criterios de la escuela liberal, si bien por razones teóricas absolutamente diferentes. Ivi, p. 187.

23. Entre sus continuadores, destaca la aguda polémica sobre los derechos de autodeterminación (particularmente de Irlanda y Polonia) sostenida por Vladimir I. Lenin y Rosa Luxemburg, si bien ambos partían del criterio convergente acerca de la viabilidad del estado nacional en aquellos casos donde los contrapuestos intereses de clase trascendían el umbral renaniano («para cada nación un estado, para cada estado una nación»). A pesar de sus diferencias con respecto a otros temas, esta última idea también se aprecia en los trabajos de Leon Trotsky sobre el papel de los sindicatos en la nueva organización estatal del socialismo, y en los trabajos de Josif Stalin sobre el carácter estable de las comunidades y los rasgos distintivos de la nación, así como en los planteamientos de Otto Bauer sobre la autonomía cultural del estado multinacional y la posible organización de las nacionalidades en corporaciones jurídicas públicas. Algo parecido sucede con los trabajos de Karl Kausky, partidario del nacionalismo en los países multinacionales y subdesarrollados. Para más información sobre estos aspectos, puede consultarse el artículo difundido en 1999 por el español José María Laso Prieto con título *El derecho a la autodeterminación*.

24. Esto, por supuesto, supone rechazar de una vez la naturalidad, autoevidencia y autogeneración del primero como fenómeno aislado. Lombana Rodríguez, *Problemas de Interpretación Histórica*, p. 7.

25. Según la leyenda relativa al gráfico incluida por el autor en su libro, ~ significa negación o ausencia, P significa poder, E acceso al nuevo estilo de educación, mientras que A y B designan culturas actuantes. Cada línea numerada representa una posible combinación entre estos elementos. Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, p. 124.

Gráfico 1. Tipología de situaciones sociales que engendran y frustran el Nacionalismo.

Tipo	P	~ P	Características
	E	~ E	
1 -	a	a	· Industrialización temprana sin catalizador étnico.
2 -	a	b	· Nacionalismo Habsburgo (y puntos Este y Sur).
	E	E	
3 -	a	a	· Industrialismo homogéneo maduro.
4 -	a	b	· Nacionalismo liberal clásico occidental.
	~ E	E	
5 -	a	a	· Situación revolucionaria decembrista (no nacionalista).
6 -	a	b	· Nacionalismo de diáspora.
	~ E	~ E	
7 -	a	a	· Situación pre-nacionalista atípica.
8 -	a	b	· Situación pre-nacionalista típica.

el ya mencionado Benedict Anderson, cuyos aportes han permitido cubrir una parte no desdeñable de los vacíos y grietas existentes.²⁶

Aun así, la incapacidad de medir el peso de las diferencias regionales y socioclasistas inherentes, o la interrelación entre la revolución burguesa y los movimientos de liberación nacional allí donde la tarea del proyecto nacional pasa por la inmediatez ineludible de obtener la independencia con respecto a otras naciones – como ocurre en el caso de Bélgica, Serbia, Grecia y casi toda Latinoamérica –, constituyen solo algunos ejemplos de los problemas que no permite resolver la teoría de Gellner, incluso con los aportes y las soluciones posteriores ofrecidas por otros autores. Esto, obviamente, supone una enorme limitación a la hora de establecer criterios metodológicos que permitan abordar estudios de casos particulares; si bien no se conocen muchos otros referentes que sirvan de base para tal empresa, sobre todo en cuanto a los pertinentes análisis comparados que requiere algo tan complejo como el estado nacional y su discurso inherente.

26. En el caso de Hobsbawm, cabe destacar, sobre todo, el cuestionamiento del tamaño de las naciones como requisito para su realización, admitiendo la posibilidad de fusión entre pequeñas nacionalidades constitutivas; así como su explicación sobre el papel de los iconos en la delimitación nacional, y del precedente histórico como aglutinante protonacional determinante. En cuanto a Anderson, resultan ineludibles sus observaciones sobre el carácter imitativo de la construcción nacional, así como el lugar preponderante de las “lenguas muertas”, el “capitalismo de imprenta”, la “naturalización” de las dinastías, la potencialidad de los imperios multiétnicos, el papel de la “diáspora ultramarina” y el alineamiento estructural de la “memoria nacionalista”; sin descartar su controvertida concepción del nacionalismo como un fenómeno originalmente americano. Lombana Rodríguez, *Problemas de Interpretación Histórica*, p. 7.

4. Configuración y materialización del Proyecto Nacional y su Discurso Ideológico en espacios “divergentes”: los casos de Italia y Cuba

Una de las deudas más notables de la historiografía occidental en lo que se refiere a los movimientos revolucionarios y el Nacionalismo del siglo XIX radica en la ausencia de suficientes estudios comparados en torno a aquellos casos existentes en Europa y América donde, a pesar del distanciamiento espacial y las lógicas diferencias contextuales, transcurrieron en un tiempo histórico coincidente procesos de formación del Estado-Nación moderno con no pocos elementos comunes, tanto en lo tocante a su propia connotación económica, política y sociocultural como en lo que respecta a su discurso ideológico acompañante.

Como caso extremadamente particular en el Viejo Continente, Italia no contaba con un estado unificado al iniciarse las Oleadas Revolucionarias de 1820, 1830 y 1848. Pese a su clara definición físico-geográfica y a los regios antecedentes que representaban en su Historia el antiguo Imperio Romano y el Sacro Imperio Romano-Germánico, la diferenciación económica regional y la fragmentación política se habían sedimentado considerablemente desde el Medioevo.

La mayor parte de las ciudades-estado del norte-septentrional y las monarquías del resto de la Península archivaban en su memoria una deprimente experiencia de dominación extranjera a partir de las Guerras transcurridas entre 1494 y 1559, la expansión del Imperio Español (1559-1713) y la política de Austria (1713-1796). Lo primero había arrastrado a la decadencia a Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán durante el siglo XVII, mientras que lo segundo finiquitaba la exclusión del Sur itálico con respecto al resto del escenario europeo. Ni el reino títere establecido en el Norte ni el gobierno de Murat impuesto en el Sur bajo la invasión francesa desarrollada en el marco de las Guerras Napoleónicas constituyeron un mejor referente; por lo que los estados italianos se presentaron como un debilitado y heterogéneo entramado político a los designios restauradores del Congreso de Viena en 1814, los cuales motivaron el restablecimiento de las Casas de Borbón y Saboya.

A diferencia del modelo francés, fue la alianza monárquico-nacionalista protagonizada por Piamonte-Cerdeña la que dio lugar al nuevo Reino de Italia como experiencia inicial de Estado Unificado en la Era Moderna. Con el apoyo de Francia, se logró la independencia de Lombardía respecto a Austria en 1859, abriendo las puertas al mayor proceso de liberación nacional transcurrido en toda Europa durante el siglo XIX, resultante de las campañas garibaldinas que unificaron a Nápoles y Sicilia. Éstas permitieron al Conde de Cavour proclamar el Reino Unificado en 1861, fortalecido más tarde con la anexión de Venecia en 1866 (fruto de la alianza entre Víctor Manuel II y Prusia para combatir a los austriacos) y el rescate de Roma en 1870 (luego de la derrota de Napoleón III en la Guerra Franco-Prusiana).

Tanto en sus antecedentes como durante su propio desarrollo, ese proceso encontró un baluarte ideológico esencial en el contexto cultural del Romanticismo, el cual sirvió de nutriente a un Nacionalismo que no había podido finiquitarse durante el mencionado Ciclo Revolucionario continental, lo cual requirió una pronta identificación entre las ideas

de Nación y Estado común bajo el mismo principio centrípeta del proceso unificador transcurrido en Alemania, pero dotado aquí de un mayor grado de participación popular.²⁷ La misma, a su vez, resultaba del ideario liberal-republicano promovido, sobre todo, por Giuseppe Mazzini, el cual logró trascender los particularismos y recelos regionales bajo un mismo Proyecto Nacional. Erigidos como doctrinas precursoras de este último en la práctica, el Resurgimiento y el Irredentismo se convirtieron, pues, en armas fundamentales contra el Antiguo Régimen.²⁸

Si algo llama la atención, no obstante, en el proceso que determinó la aparición del Estado Nacional en medio de la Unificación Italiana, fue la ausencia del catalizador que supone la Industrialización homogénea, convirtiendo a este caso en una de las excepciones que no puede explicarse totalmente a partir de la teoría tradicional sobre las Formaciones Nacionales y el Nacionalismo.

Como resultado de esta atipicidad, una parte de la historiografía marxista, señala la alianza de la protagónica aristocracia agraria del sur con la aristocracia industrial y comercial del Valle del Po como sustitutas de una burguesía verdaderamente nacional, lo cual determinó un particular empobrecimiento del proletariado, con sus peores consecuencias en la región meridional, que se vio afectada en mayor medida por el escaso acceso a una educación modernizante y bajo la asignatura pendiente de una reforma agraria que quedó en entredicho.

Pero no solo en Europa se desarrollaron situaciones atípicas en los procesos formativos del Estado Nacional Moderno. El hecho de que en América se iniciara (con la Revolución Norteamericana) el Ciclo Revolucionario liberador con anterioridad al célebre proceso desarrollado en Francia, y de que la propia Revolución de Haití transcurriera durante la mismísima etapa de Expansión Napoleónica, determinaron que el resto de los procesos formativos del otro lado del Atlántico se desarrollaran tomando como modelo ideológico el ideal francés, sin que necesariamente fuera éste su referente práctico más cercano en medio de la lucha común y a la vez particular contra el reaccionario sistema de administración colonial hispano-luso. Este último, a efectos de las élites burguesas locales, personificaba tanto la sórdida opresión nacional como el retraso civilizatorio propio del Antiguo Régimen.

Las revoluciones que dieron lugar en casi toda América Latina a las nuevas Repúblicas Constitucionales no solo convergieron en tiempo con las asonadas liberales y nacionalistas europeas de 1820, sino que compartieron algunos de sus rasgos más distintivos (particularmente con respecto a Italia), destacando lo relacionado con la gestación de un discurso nacionalista con base romántica y liberal, la representación del enemigo político en las fuerzas de ocupación extranjera y una forma de organización de las fuerzas nacionalistas asentada en los clanes, fraternidades y sociedades secretas; al mismo tiempo que

27. Para profundizar en el papel de los sectores populares italianos durante el proceso de unificación, puede consultarse el texto de Ghisalberti, *Istituzioni e società civile*.

28. Para profundizar en los elementos que conforman el Risorgimento italiano, así como su devinir histórico durante la primera mitad del siglo XIX, véase Beales; Biagini, *Il Risorgimento e l'unificazione*.

sus movimientos y gestas se veían afectados por las débiles relaciones interregionales y las limitaciones del desarrollo agrario e industrial.

No en vano, tanto el propio Giuseppe Garibaldi como otros revolucionarios italianos contribuyeron activamente con los procesos emancipatorios latinoamericanos, llevando sus experiencias a la empresa europea; por lo que puede hablarse de un patrón romántico-nacionalista construido (también en términos de discurso ideológico) desde ambos lados del Atlántico.

Dentro de los casos que resaltan más atípicos en América, llama la atención el de Cuba, cuyo proceso formativo dependió una Nacionalidad mejor concretada y de una gesta liberadora transcurrida durante la Era Imperialista. Marcada básicamente por su condición antillana y habitada en el momento del descubrimiento europeo por culturas aborígenes de un bajo nivel de desarrollo (en comparación con las grandes culturas del entorno continental), la Isla había sufrido un proceso de conquista y colonización extremadamente violento desde los últimos años del siglo XV, al cual siguió un genocidio indígena (visible en la composición étnica actual) y la implantación de un régimen de servidumbre con base esclavista, el cual encontró en la gran plantación azucarera su emporio económico fundamental a partir de la segunda mitad del XVIII.²⁹

El carácter retrógrado y monárquico de la metrópoli española, la diversidad del propio ente colonizador y la carencia crónica de mano de obra barata para las labores azucareras (que motivó el arribo casi inmediato de otros componentes étnicos, sobre todo africanos, bajo acérrimas condiciones de esclavitud) constituyeron algunos de los aspectos particulares en la evolución interna de este territorio,³⁰ contrastando su estructura productiva y su organización política con la de las cercanas Trece Colonias norteamericanas, convertidas a la sazón en referente político una vez independizadas de Gran Bretaña.

En medio de estos contrastes, la Mayor de las Antillas se había erigido como pieza clave del comercio colonial y eje geopolítico del Imperio Español, constituyendo casi su último reducto desde mediados de la década de 1820. Si algo resultaba contradictorio para los cubanos era el hecho de estar dominados por una metrópoli como la España de finales del siglo XIX, totalmente rezagada en la competencia mundial capitalista, con un escaso nivel de Industrialización y portadora de una sociedad y una cultura marcadamente feudales, donde la nobleza se aferraba a la tierra y el sector eclesiástico (único garante, por momentos, de la accidentada unidad “nacional”) ocupaban los espacios que en otros territorios europeos correspondían a la pujante burguesía. La pérdida paulatina de su otrora imagen imperial convergía, pues, con el arraigo de un absolutismo tambaleante pero sobreviviente, socavado al interior de la Península por los movimientos liberales que ponían en jaque a todo el aparato restaurador.

29. Lombana Rodríguez, *Nación y región*, p. 73.

30. «La historia de la nacionalidad cubana es la historia de los pasos hacia un capitalismo anómalo por el asentamiento conveniente del trabajo esclavo y el pensamiento burgués Ilustrado (...) para lo cual resulta necesaria la existencia de una comunidad económica, territorial y étnica». Ver en Ibarra, *Ideología Mambisa*, p. 35.

En buena medida por esta última causa (si bien no era la única) la burguesía cubana se había consolidado durante toda la primera mitad del siglo bajo una concepción universalista que le permitió tener contacto con las élites mundiales más cercanas al modo de producción capitalista, el liberalismo, la concepción laica del estado y otros fundamentos de la Modernidad. Como resultado, el nivel alcanzado por el pensamiento liberal y revolucionario de la mayor parte de la élite que trascendía de criolla a propiamente cubana marcó un diapason complejo entre dos extremos. Éstos, por demás, se verían atomizados con el inicio de la Guerra de 1868, en cuyo segundo año se fundó la República en Armas, dando lugar al Estado-Nación en plena manigua redentora.

La acérrima represión política y la actitud conservadora de la burguesía comercial pro-ibérica explican en cierta medida por que Cuba demoró 93 años con respecto a Estados Unidos, 78 a Haití y 60 a la América Hispano-Lusa para iniciar sus luchas independentistas, al calor de las cuáles viabilizó su Proyecto Nacional el principio republicano.³¹ Este retraso generó al menos otras dos diferencias llamativas: la total exposición a la intervención de una potencia como los Estados Unidos en medio de las nuevas condiciones globales de tránsito al Imperialismo, y la mayor imbricación geográfica, ideológica y sociocultural de los sujetos nacionales que definieron el discurso nacionalista y llevaron a cabo las acciones emancipadoras.

A pesar de su diferencia temporal en materia de Independencia y fundación nacional, al igual que sucedía con buena de la península Itálica en Europa, la condición geográfica particular de la Isla garantizaba una clara demarcación de su integridad y distancia territorial con respecto a todo lo percibido como extranjero; de modo que las diferencias regionales, aunque existentes, no fueron un obstáculo definitivo; mucho menos en cuanto a la fusión étnica, lingüística, religiosa y cultural.

El proceso formativo cubano también se vio marcado por otro suceso inédito cuando, en medio de la segunda Guerra de Independencia (1895-1898) promovida y catalizada bajo la gestión unificadora de José Martí, tuvo lugar la intervención y posterior ocupación militar por parte de los Estados Unidos. La entrada en escena de la feroz potencia hemisférica, más que materializar una victoria real en la contienda, viabilizó la salida de una derrotada España y el establecimiento de un nuevo estatuto jurídico (supuestamente independiente) a la luz de la nueva República establecida a partir de 1902.

Esta tergiversación de la soberanía nacional sería solo un avance de los cambios evidenciados por el Nacionalismo a escala mundial como doctrina ideológicamente ajustable a cualquier tipo de proyecto político bajo los códigos imperialistas de la nueva época. El paradigma de una Historia y una cultura nacional construidas a imagen y semejanza del ideal sustentado por las élites, tendría lugar aquí en tiempos coincidentes con la ya abordada segunda modulación del Nacionalismo, la cual traería consigo todo el terror y la violencia de los grandes conflictos mundiales del venidero siglo XX.

31. Lombana Rodríguez, *Nación y región*, p. 74.

Efectivamente, los procesos, acontecimientos e idearios revolucionarios que intervinieron en el mencionado tránsito de la Humanidad a la Era Moderna y el desarrollo de los procesos formativos del nuevo Estado Nacional al interior de Europa y América hasta el siglo XIX han sido ampliamente estudiados por las respectivas historiografías nacionales, con meritorias investigaciones que hasta el momento se centran, casi siempre, en las particularidades internas de cada proceso fundador, con no pocos ejemplos de influencias mutuas. Sin embargo, sus tratamientos suelen responder a enfoques más dirigidos al análisis de la contribución de una cultura que se moderniza a otra de evolución nacional más limitada; sin que abunden los enfoques demostrativos acerca de los impactos e influencias múltiples.

Siendo las concepciones de Revolución, Independencia y Modernidad un fruto de la experiencia histórica y el pensamiento a escala universal que acompañó al Nacionalismo en su fase original desde finales del siglo XVIII hasta las postrimerías del XIX, resulta importante el análisis comparado de su construcción y evolución a partir de aquellas experiencias fundadoras que tuvieron lugar en territorios físicamente distantes y bajo no pocas diferencias contextuales, pero que a la vez se desarrollaron en etapas históricas convergentes y con visibles elementos comunes en cuanto a su naturaleza transformadora; como se aprecia en el caso de Italia y de Cuba.

La distinción de ambos espacios responde al hecho, sobre todo, de que ambas naciones – cada una en su ámbito histórico específico – constituyen excepciones insuficientemente tratadas dentro de las concepciones “modélicas” sobre los procesos que dieron lugar al Estado-Nación Moderno y la construcción teórico-práctica de su respectivo discurso nacionalista. En este sentido, tanto en uno como en otro proceso formativo se aprecian núcleos de evidente singularidad con respecto a los ejemplos más acabados y tradicionalmente aceptados como típicos o paradigmáticos (Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania, etc.).

En esencia, las limitaciones y particularidades de la industrialización, la ambivalencia política de las élites burguesas en su conducción de las luchas por lograr trascender el estatus socioeconómico y político de base, la mayor implicación protagónica de los sectores populares en la realización del proyecto diseñado por aquellas y la convergencia entre Revolución, tránsito a la Modernidad (también limitada y heterogénea) y Proceso de Liberación Nacional constituyen solo los aspectos más notables de las diferencias con respecto a los modelos paradigmáticos; a la vez que constituyen puntos convergentes entre la experiencia fundacional italiana y la experimentada en la Mayor de Las Antillas.

El análisis comparado del proceso de construcción del Proyecto Nacional y su discurso ideológico en Italia y Cuba durante el siglo XIX constituye, en síntesis, una aproximación más que oportuna para abrir nuevos espacios de investigación en lo que respecta al Nacionalismo, su naturaleza y sus resultados en dos continentes marcados por un desarrollo histórico particular, pero donde dicho fenómeno significó el más importante vehículo de uno de los procesos más decisivos de todos los tiempos.

5. Italia y Cuba: puntos de ruptura común con respecto a los modelos tradicionales de la Formación Nacional y el Nacionalismo en el siglo XIX

Aun cuando Gellner alude precisamente al caso italiano como ejemplo típico de lo que denomina su línea 4 («nacionalismo liberal clásico occidental») – que, a la sazón, constituye uno de los que deparan opciones viables del fenómeno y formaciones nacionales sólidas –, no son pocas las dudas que generan sus fundamentos y el propio análisis del tema, en lo cual juegan un papel esencial tanto las limitaciones de su esquema como las singularidades propias del proceso que durante todo el siglo XIX tuvo lugar en la Península, y que llevaron a la formación de un Estado Nacional muy particular.

La distinción realizada por Gellner cuenta aquí, cuanto menos, con dos errores notables a la hora de interpretar este proceso: primero, cuando entiende que tanto las élites dominantes (foráneas o extranjeras) detentoras del poder político como los sectores protagónicos que en cada región aspiran a conquistarlo constituyen, de manera rasa, clases con acceso a la educación modernizante; y segundo, cuando asume que la diversidad cultural existente en los habitantes de las divididas regiones italianas de la época llegan al grado de diferencia étnica. Esto se contradice con los criterios que en la misma obra el autor enuncia sobre el carácter universal y uniforme de la lengua italiana, lo cual puede ser perfectamente aplicable a su religión católica, predominante por excelencia, y a la cultura en términos generales).

La protección política que tenían las culturas italiana y alemana era [...] inferior a aquella de que gozaban las culturas francesa o inglesa. Sin embargo, cuando se dio el acceso a la educación, las ventajas que estas dos culturas desarrolladas proporcionaron a aquellos que habían nacido en los territorios en que se hablaban sus variantes dialectales no fueron en absoluto inferiores. Tanto el italiano como el alemán eran lenguas literarias que poseían una estandarización centralizada efectiva en cuanto a la corrección de la forma, además de una floreciente literatura, vocabulario y preparación técnica, y academias e instituciones educativas. Culturalmente, poca inferioridad hubo, si es que la hubo. La proporción de los que sabían leer y escribir y poseían un nivel medio de educación no era significativamente más baja (si es que lo era) entre [...] los italianos en comparación con los dominadores austríacos [...] Sus hablantes, por tanto, no necesitaron corregir un acceso desigual a las ventajas finales de un mundo moderno.³²

La corrección solo de este segundo elemento ubicaría (también erróneamente) al Nacionalismo italiano dentro de la línea 3 («industrialismo homogéneo maduro»); mientras que la del primero lo definiría desfavorablemente bajo la línea 7 («situación pre-nacionalista típica»). La corrección de ambos determinaría una línea 8 («situación pre-nacionalista atípica»), la cual, obviamente no podría justificarse con la fundación del Estado Nacional italiano defendida por el propio autor, y que efectivamente tienen

32. Gellner, *Naciones y Nacionalismo*, p. 130.

lugar como resultado del camino hacia la Unificación, tan complejo y accidentado como real.

En el caso de Cuba, la aplicación del mismo esquema (previa observación de los aspectos antes explicados sobre la ausencia de una diferenciación étnica y cultural) conllevaría a definir un Nacionalismo de línea 5, asociado a la denominada «situación revolucionaria decembrista». Bajo este formato, los grupos con acceso a la educación “ilustrada” corresponden a la élite de oposición sin acceso al poder político, con base agraria y proto-industrial, que pretende la toma de aquel bajo la divisa de implantar los beneficios del capitalismo; asumido éste a partir del contacto con el patrón liberal europeo y norteamericano, e incorporado en la práctica de manera previa al inicio de la Guerra de 1868. Esta élite se opone al poder decadente que representan las autoridades metropolitanas y la aristocracia comercial española, de profunda raigambre conservadora y apegada a las viejas normas (incluyendo la educación “clásica” y la relación con el aparato eclesial que representa al Antiguo Régimen).

Según Gellner, este tipo de Nacionalismo no cuenta con opciones de realización práctica en materia de Estado Nacional; e incluso compete a un «no nacionalismo»; bien porque «no hay diferenciación cultural», bien porque «la cuestión del acceso a una cultura desarrollada sustentada de forma central no surge».³³ Obviamente, esto supondría que lo que trajo consigo el final del Proceso Independentista cubano no fue la fundación de un Estado Nacional propiamente dicho (al estar mediatizado por la demagógica intervención de Estados Unidos, la tristemente célebre Enmienda Platt y un sinnúmero de vejaciones sistemáticas a la soberanía durante la primera mitad del siglo XX, pero que en medida alguna significarían la ausencia de aquella entidad política.

La única duda que podría acarrear esta definición radica en si puede considerarse al grupo que pretende acceder al poder político como étnicamente diferenciado con respecto al que lo detenta, lo cual ubicaría a Cuba dentro otra línea en la tipología gellneriana (la sexta, denominada como «nacionalismo de diáspora»). Sin embargo, no se da aquí el caso (preponderante a finales del siglo anterior en la Revolución Haitiana) de una élite mestiza diferente al poder blanco, ni de una notable diferenciación étnica dentro de este último coincidente con la que pueden marcar el lugar de nacimiento y los intereses económicos. Sin ahondar en otros argumentos que podrían agregarse, estos criterios parecen suficientes para negar rotundamente esta segunda opción.

En sus observaciones sobre el caso italiano, Gellner asume otros criterios que bien podrían considerarse como oscuros o insuficientes, como la aseveración acerca de que las diferencias culturales (supuestamente previas al proceso de Formación Nacional) son eliminadas cuando se accede a una educación de nuevo tipo, sin marcar «diferencias significativas entre las poblaciones relevantes»; o la idea de que el Risorgimento corrigió, a la larga, la desigualdad de poder y [...] «la carencia de un techo político que resguardara

33. Ivi, p. 128.

a la cultura y a la economía»,³⁴ así como a de las instituciones, bajo la misma protección constante que otorgaban sus rivales.³⁵

A continuación, se exponen resumidamente algunos de los aspectos que representan claros puntos de ruptura con respecto a los modelos tradicionales de Formación Nacional y Nacionalismo, los cuales, en cambio, identifican comunmente a los procesos transcurridos en Italia y Cuba durante el siglo XIX, varios de los cuales son desestimados por la teoría tradicional.

Condiciones físico-geográficas: Aunque no constituye el único territorio peninsular europeo, tal vez ninguna de las restantes regiones que guardan esta condición en el continente contaron con una situación más favorable para garantizar una delimitación económica, política y cultural (real e imaginada) para sus habitantes que Italia, cuya privilegiada condición al centro del Mediterráneo permitió un exclusivismo identitario demarcado en términos fronterizos por la zona más favorecida en cuanto a recursos y viabilidad comercial (el Norte). En el caso cubano, similar exclusivismo se vio favorecido por la condición insular, ubicada la Isla al centro del mar Caribe. El lugar de ambos escenarios en las relaciones de intercambio con el resto del continente y su mayor accesibilidad a las redes de ultramar (África y el Medio Oriente, en el primer caso; y Europa, Norteamérica y el resto de Las Antillas, en el segundo) particulariza importantes elementos de percepción nacional. Por demás, la condición alargada de ambos territorios favoreció una disposición regional con amplia repercusión durante el proceso fundacional en cuanto al modo de incorporación de los actores sociales al Proyecto Nacional y sus luchas, afectando más a las zonas del sur y el centro italiano, de una parte; y a la zona del oriente-centro cubano, según la configuración vertical y horizontal que distingue a ambos territorios.

Posesión de recursos económicos: Tanto Italia como Cuba clasifican como modelo agrario tradicional extendido en el siglo XIX, sin suficiente diversificación productiva en correspondencia con la potencialidad de la tierra y el resto de los recursos naturales, y con niveles de migración laboral y asentamiento poblacional distinguidos por las eventuales necesidades de mano de obra; predominando así un arraigo doméstico-familiar que focaliza a las culturas rurales. Se acentúan así los modos de plantación latifundista, con estímulo directo del sector terrateniente; distinguiéndose el énfasis en el modelo señorial y esclavista, indistintamente, como principal elemento diferenciador entre ambos casos.

Nivel de Industrialización: La presencia de fuerzas dominantes extranjeras, unidas a una élite interna ultraconservadora que obstaculiza el cambio y se opone a los preceptos de avanzada promulgados por el liberalismo, frena directamente la Industrialización requerida por las relaciones de producción capitalistas. En este sentido, cada una en su espacio continental, Italia y Cuba representan las mayores excepciones en cuanto a la posibilidad

34. Ivi, pp. 130-131.

35. En cuanto a las naciones latinoamericanas, apenas se observa una alusión notable en la obra de Marras, limitada a aseverar que, como en el caso de los árabes, italianos y alemanes, [...] «la fragmentación de sus perímetros políticos les restó fuerza». Ivi, pp. 172-173.

real de cristalizar proyectos nacionales en condiciones de escaso desarrollo industrial. Esto, sin dudas, rompe con la premisa básica del corolario gellneriano, según la cual no debía llevarse a término el proyecto de Estado-Nación ni proliferar un Nacionalismo de verdadero alcance transformador.

Reconfiguración jurídico-administrativa: Aunque tanto el discurso nacionalista del Risorgimento italiano como el del Independentismo Abolicionista de Cuba traen consigo una concepción republicana de base (amparada en los principios esenciales de la institucionalidad revolucionaria francesa), los atributos legales y el sistema administrativo establecidos en la práctica respondieron, una vez logrado el proyecto, a las antiguas configuraciones premodernas, constituyendo un reflejo de la vigencia que guardan las formas del viejo sistema (sobre todo con respecto a la gran propiedad agraria) en contraposición con los nuevos preceptos del estado capitalista; aun cuando no pueda negarse la existencia formal de estos últimos. Las demarcaciones territoriales, los cargos públicos y las funciones estatales representaron, pues, la confluencia entre ambas instituciones, que en el caso cubano serían mediatizadas por el interés norteamericano en favorecer su penetración en la Isla y la explotación indirecta de sus recursos.

Discurso político nacionalista: A diferencia del caso alemán, el Nacionalismo italiano se edificó sobre la base de la convergencia ente la necesidad de unificación nacional y la expulsión de dos potencias extranjeras.³⁶ Ambos elementos significaron un sistema único de principios y metas que por separado pudo apreciarse en otros casos europeos del siglo XIX (Bélgica, Grecia, Serbia, Polonia e Irlanda, entre otros), pero que encontraron aquí un espacio de confluencia en pos de la fundación nacional. En el caso de Cuba, el dominio de la Isla por parte de la metrópoli española y la intervención de los Estados Unidos en la cumbre del proceso liberador determinaron igualmente esta convergencia, siendo igualmente típico lo primero en el caso de los procesos transcurridos con anterioridad en la América continental, pero sin la presencia del segundo elemento. De este modo, Independencia y Proyecto Nacional significaron también una simbiosis determinante en el discurso revolucionario.

Definición atípica del Proyecto Nacional: Una de las singularidades más llamativas de Italia y Cuba con respecto al resto de sus respectivos vecinos continentales radica en el modo inusual e inesperado en que tuvo lugar la fundación del nuevo estado moderno post-independencia. En el primer caso, correspondió al Reino de Piamonte-Cerdeña hacerse con el control de la empresa garibaldina, con la consecuente fundación del nuevo estado bajo un régimen monárquico extendido.³⁷ En cuanto a la Isla caribeña, los éxitos de la Guerra de 1895 fueron demagógicamente aprovechados por los Estados Unidos para realizar su intervención, cuyo “respeto” a la empresa nacional fue convenientemente manifestado en la mediatización de una nueva República con soberanía visiblemente limitada.

36. Ver Boholm, *Un templo de la humanidad*, p. 40.

37. Sobre este particular, ver Cattini, *La construcción del estado nacional Italiano*, p. 11.

Configuración de las clases dirigentes: Si, a diferencia del caso alemán, la Italia que se unificaba durante la mayor parte del siglo XIX fue frenada por el localismo ancestral de sus élites terratenientes, comerciales y (solo en algunos espacios) burguesas para conformar un único sector dirigente, este fenómeno no resultó menos en el caso antillano. En ambos espacios, se requirió del protagonismo representado por figuras concretas que en un primer momento no pudieron contar con el apoyo de todas las regiones que se liberaban e integraban, pero que a la larga viabilizaron dicho proceso de tal manera que otras entidades lograron llevarlo a un punto de ruptura con el régimen opresor original.³⁸

Carácter conservador del aparato religioso: Una vez desarrollada la Reforma Religiosa del siglo XVI, en la Europa protestante quedó listo el escenario para que las nuevas cúpulas eclesiásticas trazaran una alianza limitada pero factible con los sectores burgueses que protagonizaban el cambio y enarbolaban el discurso político de la construcción nacional. Esto, obviamente, no cristalizó en los espacios donde la autoridad católica había logrado sostenerse (Portugal, España, Austria y Rusia, sobre todo). Al respecto, en Italia la actitud del papado identificó una especie de línea modélica, heredada de la tradición antiluterana y anticalvinista que había garantizado la permanencia de los territorios italianos dentro del ámbito del Sacro Imperio hasta 1808, pero bajo el costo de una mayor vulnerabilidad ante las incursiones de dos potencias católicas como Francia y Austria. A pesar de que clero de la Península se comportó como una casta doctrinal con potencialidad para limar las diferencias regionales y socioclasistas del pueblo llano, eligió fungir como un aliado de los sectores extranjeros dominantes (incluso en el primer caso, donde con anterioridad a 1860 el papado [...] «constituía la única institución del todo italiana propiamente dicha»³⁹). Similar actitud manifestó la dirigencia de la Santa Iglesia Apostólica y Romana en todo el continente americano, lo cual también se observó en Cuba, a pesar de que el proceso emancipador se desarrolló en una época histórica donde terminaba de hacer aguas el papel preponderante de la Iglesia tradicional. La resistencia ofrecida por este sector encontró una clara expresión en dos elementos fundamentales (antes, durante y después de la Independencia): El apoyo sistemático e incondicional a la metrópoli española en medio de su interés prioritario de conservar la Perla de las Antillas, y la resistencia cultural a la avalancha de instituciones protestantes establecidas como parte de la estrategia de Ocupación norteamericana. El hecho de que el Estado Nacional Italiano se proclamara bajo la forma política de una monarquía parlamentaria, contribuyó notablemente a esta supervivencia del poder y a mantener la influencia clerical.

Integración étnico-cultural de las fuerzas motrices: Una de las características más notables que guardan los procesos formativos de la Nación Moderna en Europa y América estriba precisamente en que los sectores bajos de la sociedad integrados al proyecto nacionalista bajo la conducción de una élite nacional no necesariamente se integran de modo real

38. Ver comentarios al respecto en Banti, *Il Risorgimento italiano*, p. 31.

39. Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo*, p. 46.

durante las confrontaciones sociales que fueron abriendo paso a la nueva entidad política,⁴⁰ o al menos no alcanzaron mayores niveles de integración étnica del que hubiesen logrado antes de iniciarse dicha empresa. Al finalizar los acontecimientos que generaron la creación del nuevo estado independiente en Italia y Cuba se aprecia, en cambio, que los mayores niveles de integración se alcanzaron justo en el transcurso de los procesos bélicos inherentes, estancándose nuevamente una vez que fueron culminados; sobre todo por la necesidad de estabilizar el nuevo sistema socioclasista de la élite gobernante.

Fortaleza decisiva del componente lingüístico y cultural: Si bien durante los avatares fundadores de los proyectos nacionales en Europa y América durante el siglo XIX no resulta inusual el éxito del discurso nacionalista allí donde mejor se sustenta en una lengua y una cultura identitarias comunes y de primer orden que integran y trascienden cualquier diferencia regional, no es menos cierto que los distanciamientos socioclasistas y los bajos índices de alfabetización (alarmantes en el caso de algunas minorías del Viejo Continente y en todas las colonias hispano-lusas antes de iniciar sus respectivos procesos fundacionales) limitaron bastante el acceso de todos los sectores al discurso nacionalista y a la educación ilustrada que amerita homogeneizar a la nueva sociedad política bajo una Nación común. Tanto en Italia como en Cuba este factor, por diferentes motivos y bajo diversas connotaciones, transcurrió a una escala mucho mayor que en el resto de los espacios, resultando decisivo en la consecución de los respectivos proyectos nacionales. La existencia de una élite cultural, poseedora de una lengua común (literaria y administrativa) de alcance nacional constituyó un aglutinante fundamental (si bien solo en el primer caso aquella contó con una naturaleza vernácula); logrando identificar en común a pueblos sin un estado de referencia convergente).⁴¹ De este modo, en ambos espacios la identificación y el discurso nacionalistas lograron arraigarse fuertemente en el componente lingüístico, en lo cual jugó un importante papel el discurso de las clases dirigentes que guiaron el proceso, dejando fuera los dialectos secundarios que podían aparecer en parte de los respectivos contingentes liberadores.⁴² En ambos casos, el mito del Nacionalismo cultural (accesible para todos) previo a la Nación no se limitó a la consecución política de ésta, sino que contó con el reto insoslayable de extenderse a los nuevos súbditos o

40. «Los sujetos sociales inmersos en la construcción de una nación, ya fueran individuales o colectivos, participan del proceso integrador nacional con muy diferentes expectativas finales», pudiendo distanciarse éstas de los sueños específicos a medida que el nuevo producto nacional se va obteniendo. Loyola Vega, *Construyendo la Nación*, p. 187.

41. Se calcula que, durante el proceso unificador, la lengua nacional era hablada con fines cotidianos solo por el 2,5 % de los italianos, llegando a suplir los mutuamente incomprensibles dialectos regionales. De Mauro, *Storia linguistica*: citado por Hobsbawm, *Naciones y Nacionalismo*, p. 41.

42. Según Eric Hobsbawm, la única base para la unificación italiana era la lengua, que unía a la élite educada de la Península a través de la lectura y la escritura como vehículo intelectual de carácter universal. Sin embargo, este minúsculo grupo representaba, en un sentido real, el «pueblo italiano en potencia». Ver en *ivi*, p. 39.

“ciudadanos” con posterioridad, lo cual se vio seriamente accidentado bajo los límites de la Industrialización.⁴³

6. De la Frontera Atlántica a los Estudios Comparados (A manera de Epílogo)

Obviamente, los temas hasta aquí abordados acerca de los aspectos comunes que presentan Italia y Cuba en sus particulares procesos de formación del Estado-Nación Moderno durante el siglo XIX en medida alguna pretenden una instigación forzosa a realizar estudios comparados de casos que desestimen el sinnúmero de afinidades lógicas con los contextos regionales más cercanos donde transcurre dicho fenómeno. Más que pretender desvirtuar su vinculación con la dinámica que atañe a los respectivos procesos históricos continentales, se propone aquí una aproximación inicial a lo que, en cambio, puede significar la ruptura necesaria con ciertas barreras teóricas que por momentos parecen fragmentar el análisis integral y complejo del Nacionalismo, los proyectos nacionales y su discurso político a partir de un criterio excesivamente divisorio, que no se justifica cuando se trata de acontecimientos de verdadero alcance universal.

Igualmente, las observaciones específicas realizadas a lo que se ha considerado como la teoría más extendida sobre el Nacionalismo por parte de la historiografía occidental, así como la selección de aquellos núcleos teóricos que rompen con los mencionados esquemas analíticos para el caso específico del estudio que se propone, están lejos de descartar otros elementos teóricos y metodológicos que, como fruto de las investigaciones pasadas, actuales y futuras, puedan presentarse ante la mirada atenta del historiador.

En efecto, no es poco impresionante el océano que separa a las naciones de dos continentes que, sin embargo, lograron encontrarse hace ya más de cinco siglos, aun cuando su descubrimiento mutuo respondiera a una invasión por parte de uno de ellos con mayor desarrollo. Tampoco serían sus pueblos los que elegirían las formas desiguales de la relación futura, ni el distanciamiento cultural resultante, que jamás parecerá suficiente para olvidar las auténticas raíces comunes de la especie humana en su largo recorrido civilizatorio.

43. La famosa frase pronunciada por Massimo d'Azeglio durante la primera reunión parlamentaria del nuevo reino alusiva a la necesidad de “hacer” a los italianos una vez hecha Italia, reconociendo que el Risorgimento no era conocido hasta el momento por el grueso de los habitantes, resulta más que esclarecedora al respecto, siendo aplicable, igualmente, al resto de los estados latinoamericanos en el momento de lograrse la independencia. Ver en *ivi*, p. 39.

Obras mencionadas

- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Armstrong, John, *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982.
- Banti, Alberto Mario, *Il Risorgimento italiano*, Roma-Bari, Laterza, 2008.
- Beales, Derek Edward Dawson; Biagini, Eugenio F., *Il Risorgimento e l'unificazione dell'Italia*, Bologna, Il Mulino, 2015.
- Boholm, Asa, *Un templo de la humanidad: los significados de Roma en el Risorgimento*, en «Revista de Antropología Social», 10 (2001), pp. 29-52. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83801003> [verificada el 31/05/2023].
- Calduch Cervera, Rafael, *Nacionalismos y minorías en Europa*, Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE). <http://www.incipe.org/articulos.htm> [verificada el 21/04/2015] (1998): Conferencia pronunciada en el Curso de Verano titulado: *La Nueva Europa en los albores del siglo XXI. Conflictos, cooperación, retos y desafíos*, celebrado en Palencia, Julio 1998. <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-55164/2Naciones.pdf> [verificada el 21/04/2015].
- Cattini, Giovanni C., *La construcción del estado nacional Italiano*, en «Cercles: revista d'Història Cultural» (2002). https://www.researchgate.net/publication/49111815_La_construccion_del_estado_nacional_italiano [verificada el 31/05/2023].
- Colectivo de Autores, *Valores Fundacionales de la Integración Latinoamericana*, Editorial Feijóo, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Santa Clara, 2008.
- De Mauro, Tullio, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari-Roma, Laterza, 2017.
- Díaz de Arce, Omar, *El Proceso de Formación de los Estados Nacionales en América Latina*, La Habana, Gente Nueva, 1987.
- Gellner, Ernest, *Naciones y Nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Ghisalberti, Carlo, *Istituzioni e società civile nell'età del Risorgimento*, Roma-Bari, Laterza, 2005.
- Guerra Villaboy, Sergio, *Historia Mínima de América*, La Habana, Félix Varela, 2003.
- Haupt, George; Michael, Lowy, *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontanera, 1972.
- Hobsbawn, Eric, *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Planeta, 2013.
- Hroch, Miroslaw, *Real y Construida. La Naturaleza de la Nación*, Madrid, Cambridge University Press, 2000.
- Ibarra, Jorge, *Ideología Mambisa*, La Habana, Pueblo y Educación, 1967.

- Laso Prieto, José María, *El derecho a la autodeterminación*, en «Utopías, nuestra bandera», 182 (1999), pp. 299-315.
- Lombana Rodríguez, Raúl M., *Problemas de Interpretación Histórica. La Teoría de las Formaciones Nacionales y el Nacionalismo desde la Perspectiva Regional Contemporánea*, en *Memorias del VIII Encuentro de Historiadores*, pp. 4-16.
- Lombana Rodríguez, Raúl M., *Nación y región: Introducción a un análisis del problema teórico de las formaciones nacionales y el nacionalismo en el contexto latinoamericano*, en «Oikos», 7 (2008), 9, pp. 63-75.
- Lombana Rodríguez, Raúl M., *El Proceso de Formación Nacional en América Latina y el Caribe*, en Colectivo de Autores, *Valores Fundacionales de la Integración Latinoamericana*, pp. 5-49.
- Lombana Rodríguez, Raúl M., *La teoría sobre las formaciones nacionales y sus límites para la interpretación de la historia latinoamericana*, en «Perspectivas. Revista de historia, geografía, arte y cultura», 1 (2013), 1, pp. 151-166.
- Lombana Rodríguez, Raúl M., *La Polémica Teórica sobre el Estado-Nación y el Nacionalismo ante las Particularidades del Sistema Internacional Contemporáneo*, en *Memorias del XI Seminario de Relaciones Internacionales*, pp. 4-19.
- Loyola Vega, Oscar, *Construyendo la Nación*, in *Perfiles de la Nación*, pp. 183-206.
- Marx, Karl; Friedrich, Engels, *Manifiesto Comunista*, La Habana, Editora Política, 1981.
- Memorias del VIII Encuentro de Historiadores del Centro*, Santa Clara, Unión de Historiadores de Cuba, 2005.
- Memorias del XI Seminario de Relaciones Internacionales*, La Habana, Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, 2014.
- Perfiles de la Nación*, vol.1, ed. por María del P. Díaz Castañón, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004.
- Renan, Ernest, *¿Qué es una Nación?*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- Riaño, Pablo A., *Pensando la Nación en el Interregno*, in *Perfiles de la Nación*, pp. 44-52.
- Santana, Boris, *El Estado-Nación en el Contexto Integracionista bajo el Impacto de la Globalización Neoliberal: Análisis Histórico-Crítico*. Tesis Doctoral. Santa Clara, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, 2007.
- Vilar, Pierre, *Sobre los Fundamentos de las Estructuras Nacionales*, Madrid, Historia, 1978.

